

DE BUENAS LETRAS

# El tricornio maltratado

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**P**elo muy rizado, voz algo atiplada, mirada miope con gafas tipo Max Aub, traje y corbata sí, pero descuidados, Adolfo Mejía (Alta Gracia, Argentina, 1958), aventajado discípulo de uno de mis grandes amigos, es un sujeto de lo más original entre los muchos que se pasean por Granada; músico enloquecido, tiene la costumbre de adornar (o agredir) con melodías ad hoc los discursos y parlamentos que va lanzando a diestro y siniestro en su discurrir diario, y la verdad, hay que reconocerlo, imita bastante bien los instrumentos de viento, sobre todo los metales, pero con la cuerda su habilidad no es aceptable, por eso la emplea poco.

El pasado septiembre me lo encontré de pronto, a la vuelta de una esquina (realmente me lo tropecé) y como sé que es un personaje al que le encanta la polémica, me esperaba lo peor, sobre todo porque ese día introdujo lo que iba a ser su monólogo agresivo tarareando la fanfarria (timbales, trompetas y trompas) que sirve de introducción a 'El som-

brero de tres picos'; así que, como suele, me agarró del brazo con un punto de desagradable violencia, y dando inmediata entrada a las imitaciones del rasgueado de guitarra del fandango de la Molinera, me empujó a una cafetería y me dio una tabarra del diablo con lo que él calificó de gran disparate sobrevenido a Granada en el último año. Todavía no nos habíamos sentado cuando atacó con la farruca del Molinero (corno inglés, tema del oboe con el olé gaditano y arpegios de arpa) al tiempo que despotricaba contra los responsables del Festival de Música de Granada a propósito de la programación de 'El sombrero de tres picos' en la última edición.

Empezó por afirmar con rotundidad que se había consumado el sacrilegio, y mientras subía el tono de la farruca añadía que precisamente el año del centenario se habían atrevido a disociar la pieza maestra en dos versiones vergonzantes, por un lado la versión escénica una vez más con la música grabada, apelmazada y reproducida por un equipo de sonido chirriante, abominable e indigno de

cualquier escenario musical, y por el otro la versión de concierto (y aquí hizo una pausa en la que subió el tono de la farruca ante el pasmo de la concurrencia de la cafetería), que era la consumación ante la que don Manuel de Falla, desde allá donde se encontrara, no pudo resistirse y, fervoroso creyente, pidió ayuda a San Pedro para que la desluciera, y la deslució, vaya si la deslució: bendita lluvia, sí, bendita lluvia limpiadora, y así siguió hasta acabar casi gritando al ritmo de las trompetas y timbales con que termina el prólogo del 'Sombrero'. Yo me sentía incómodo, cada vez más incómodo, mientras que mi interlocutor justiciero seguía apurando el café y la media tostada y adornaba los sorbos y bocados alternando la melodía del flautín del Petimebre con el fagot del Corregidor, y de pronto me lanzó la pregunta: –¿A quién manteamos por ello, amigo? –Pues al pelele, le contesté, y tranquilízate, no me agobies y tómate el café y la tostada sin atragantarte.

Y continuó su monólogo torrencial con un montón de historias que yo no alcanzaba a entender: que si llovía sobre mojado, que si en el Festival de 2018 se evaporó el tenor Becsala, que si ese mismo año se vetó la entrega de la Medalla de Honor de la Fundación Rodríguez Acosta a Blanca Li, que si se desprogramó de mala manera la parisina Sinfonía 83 de Haydn, mención que aprovecha nuestro sujeto para agredirme con los compases iniciales de su primer movimiento, el Allegro spiritoso, y yo acepto el envite, y a propósito de la mencionada 'gallina' sinfónica ahueco el ala y me voy tarareando, feliz hallazgo, los últimos compases de la 'Sinfonía de los Adioses' del maestro austriaco. Puf, qué respiro.